

UN GADITANO Y UN FLAMENCO. 17

—¡Fuego! gritó el Baron al sospechar el robo de su hija. ¡Vamos, mancebo; tú no le dejes escapar por el jardin, que yo, por vida de mil Satanases, he de arrancarle el bautismo, si es que lo tenga! ¡Vive Dios, que me huelgo de poder aún derramar la sangre de un infame hijo de España!

Y diciendo y haciendo, se encaminaron á la casa el Baron y su muger, llenos de rabia y proponiéndose desollar á su hija despues de muerto su amante; y Ramirez reventaba de risa, que se esforzaba por ocultar, no fuera que el señor Baron sospechase el engaño. De este modo llegaron á la puerta; y mientras tanto Ramirez hacia como que iba á meterse por el jardin, el Baron dió con cuidado vuelta á la llave, y sin sacarla de la cerradura, se metió dentro detras de la Baronesa. Pero Ramirez, que en silencio se habia colocado á sus espaldas, volvió á cerrar de golpe la puerta por la parte de afuera, y al tiempo mismo, levantando con suma destreza la larga coleta del señor Baron, se la dejó prendida entre las dos medias puertas, dejando así á su esclencia amarrado por la cabeza de un modo inescapable.

—¡Qué demonio es esto! gritó el pobre anciano.

—No es nada, señor Baron, respondió Ramirez. Yo soy amigo íntimo del español á quien vd. anda buscando, el cual me ha encargado que le jugase á vd. esta partida.